

El fraile de la voz de plata en la expresión americana. Las narrativas autobiográficas de fray Servando Teresa de Mier como alegorías de la colonización

Mateo Paganini (Centro de Investigaciones María Saleme de Burnichon, UNC)

Los diez párrafos de *La expresión americana* (1957) que refieren a fray Servando son de una condensación conceptual que requieren casi de un tratamiento exegético. Al comenzar la parte del ensayo dedicada al *Romanticismo*, Lezama hace una pequeña introducción histórica sobre los movimientos políticos del catolicismo en España y su repercusión en América. La cual ya parece ubicar a fray Servando en el movimiento del “nuevo catolicismo” de América, junto con Florencio Varela. Fray Servando descrito como “un curita juvenil, afiebrado, muy frecuente en la exaltación y el párrafo numeroso” (Lezama Lima, 2005: 144, 145) va a colmar, con su precoz talento de orador, el centro de la escena en el aniversario de la Virgen de Guadalupe de 1794. Su célebre sermón va a ser el acontecimiento que marque su vida como el eterno perseguido de los poderes eclesiásticos, un hecho al que referirá y recordará en sus *Memorias y Apologías* hasta su muerte. Pero, además, su sermón posee un rasgo que Lezama extiende a una característica general del americanismo: “Reformar dentro del ordenamiento previo, no romper, sino retomar el hilo, eso que es hispánico, Fray Servando lo espuma y acrece, lo lleva a la temeridad” (Lezama Lima, 2005: 127). Nos detendremos en las ideas centrales del sermón buscando desentramar ese “retomar el hilo” del que habla Lezama.

Una de las ideas más exuberantes del sermón queda expresada en su segunda proposición: «La imagen de Nuestra Señora de Guadalupe antes de 1750 años ya era célebre, y adorada por los indios ya cristianos en la cima plana de esta sierra de Tenanyuca donde la erigió templo y colocó Santo Tomás.» (Mier, 2008: 6) Afirmación que no sólo banalizaba, como un mito posterior, el relato sostenido hasta aquel entonces por la Iglesia, en que la imagen de la Virgen de Guadalupe había quedado estampada en la tilma del indio Juan Diego; sino que hacía de Santo Tomás el apóstol de este reino, quien había promulgado el evangelio por América en el siglo primero. Las consecuencias de esta América cristiana, anterior a la llegada de los españoles, atacaba uno de los mayores pretextos de la colonización: la evangelización de los paganos. Así que como era de suponer, al fraile le esperaban años de persecución y encierro.

Sin embargo, para Lezama las ideas de fray Servando no implican una ruptura con lo hispánico, nos dice que éste: “Cree romper con la tradición, cuando la agranda” (Lezama Lima, 2005: 126). Quizás una ruptura hubiera sido develar la imposición del cristianismo en América y buscar reivindicar a los dioses autóctonos. Pero para el joven dominico un pasado sin cristianismo parece impensable. América no podía haber nacido del olvido de Dios, éste no podía haber abandonado a los hijos de todo un continente por más de quince siglos. Años más tarde, al recordar el sermón en su *Manifiesto Apologético* arguye:

No sé cómo podía concebir que habiendo Jesucristo ordenado expresamente a sus apóstoles *partiesen a predicar el Evangelio en el mundo entero, a toda criatura que estuviese bajo el cielo, hasta lo último de la tierra*: y asegurando el Evangelio de San Marcos, *que habiéndose partido predicaron en todas partes*, la parte mayor de la tierra, la mitad del globo, que es la América, pudiese quedar enteramente excluida del fruto de la redención universal, hasta que al cabo de 1600 años nos vinieron a dar noticia del Evangelio de paz apóstoles de cimitarra. (Mier, 1944: 49)

La concepción evangélica de fray Servando parece mostrar que si bien el hombre europeo desconocía América, Dios no podía dejar en el olvido a todo un continente. Mediante una compleja interpretación alegórica de los antiguos relatos de América llega a la conclusión de que Santo Tomás el apóstol era el mismísimo Quetzalcóatl (“La serpiente emplumada”), siendo este un punto de unión que logra conciliar y fusionar dos religiones tan distantes como la azteca y el cristianismo.

Esta identidad entre Quetzalcóatl y Santo Tomás abre a una continuidad insospechada en el “paso del señor barroco al desterrado romántico” (Lezama Lima, 2005: 126), dado que uno de los primeros en sostener dicha identidad es nada menos que Carlos de Sigüenza y Góngora, a quien fray Servando reconoce como un antecedente. Al parecer estas ideas de una América cristiana previa a la colonización española ya habían sido desarrolladas, pero sólo habían tenido difusión entre algunos eruditos y todavía no habían sido divulgadas. Una pista sobre esta continuidad, nos la da la descripción de fray Servando que realiza Alfonso Reyes: “Fácilmente se le imagina, ya caduco, enjuto, apergaminado, animándose todavía en las discusiones, con aquella su «voz de plata» de que nos hablan los contemporáneos” (Reyes, 1917: XXI). Curiosamente esta “voz de plata” de la que hablarían sus contemporáneos pertenece a un verso de *Primavera Indiana*, donde Sigüenza y Góngora relata la aparición de la Virgen de Guadalupe. Este dato puede llevarnos a afirmar que fray Servando se convierte en el portavoz de la concepción de una América cristiana previa a la colonización, el encargado de presentar esta idea al pueblo, eligiendo el aniversario de la Virgen de Guadalupe como el momento propicio para su difusión.

Por supuesto que esta divulgación iba a tener sus consecuencias, y estas son las que nos conectan con otra de las características de fray Servando que Lezama resalta como americanista: “El calabozo no lo lleva a la ruptura con la secularidad, sino por el contrario a agrandarla, para que el calabozo sea el gran ojo de buey que levanta los destinos. Primera señal americana: ha convertido, como en la lección de los griegos, al enemigo en auxiliar.” (Lezama Lima, 2005: 127) El calabozo parece permitir el paso del “voluptuoso diálogo con el paisaje” (Lezama Lima, 2005: 131), del *señor barroco*, hacia una postal abarrotada, una habitación vacía cuyo único decorado son los propios recuerdos. En el “calabozo romántico” fray Servando se dedica a escribir incansablemente sobre su perseguidor, al que dedica gran parte de sus *Memorias*, su *Manuscrito Apologético*, e incluso un texto que se conoce como *La persecución*, en los que puede verse reflejada esta conversión del enemigo en auxiliar. El perseguidor se vuelve uno de los motores más característicos de su escritura, ya sea para los retratos satíricos que realiza: “Aunque con veinticuatro años de persecución he adquirido el talento de pintar monstruos, el discurso hará ver que no hago aquí sino copiar los originales” (Mier, 1917: 2); como también para sus autorretratos en los que por lo general se define en función de las actitudes del perseguidor hacia él: “una maniobra para procesarme, quitarme el crédito que yo tenía en el pueblo, y perderme por envidia o por su odio notorio contra todo americano especialmente sobresaliente” (Mier, 1917: 7); y abundan otros ejemplos similares que no se limitan al arzobispo Haro, quien censura y encierra al fraile, sino que encuentra nuevos perseguidores en España y al regresar a América lo esperan los inquisidores –según sus palabras– “eternos satélites del despotismo” (Mier, 1944b: 454).

La persecución generalizada que reflejan sus escritos le otorgan un clima de sospecha e intriga, donde los mensajes deben ser cada vez más sutiles e indirectos. En su espera de calabozo, fray Servando nos dice que el perseguidor juega a las cartas con su destino; el juego metafórico de su prosa no sólo remite a los naipes (como un «tirar la suerte en las cartas») sino que son a la vez epístolas de la corte, informes de las autoridades: “estos informes reservados y no pedidos que no son más que calumnias ilegales, cuyo valor consiste en un perverso secreto. Son naipes de contrabando, que se reservan para cuando no hay otro recurso aparente con qué perseguir” (Mier, 1917: 16). El poder de este saber secreto, es el as que el perseguidor tiene bajo la manga, un “oráculo infatigable” –según la expresión servandiana– del que siempre pueden salir nuevas acusaciones. Este *alter ego* que se las ingenia para mantenerlo encerrado, a su vez,

condiciona los mensajes del fraile, haciendo que estos sólo puedan presentarse encubiertos, Servando pide su libertad mediante poemas, sueños fingidos o sátiras. Otro de los rasgos que destaca Lezama, para darle un lugar a fray Servando en su ensayo: “Buen signo americano, la finesa de solicitar con misterio” (Lezama Lima, 2005: 128).

Una característica de fray Servando, en la que Lezama no se detiene, es la fuga permanente que narran sus escritos. La que llevó a que autores como Artemio de Valle-Arizpe lo definan como “un artista de las fugas” (Valle-Arizpe, 1952: 20). Sin embargo, Lezama parece no centrarse en esta característica, sino en destacarlo como «el perseguido». Por supuesto que la fuga es el correlato de la persecución, como lo muestra el propio fray Servando en la frase de Jesucristo que recuerda en sucesivas oportunidades: “tomé el consejo de Jesucristo que siempre han practicado los Santos en las persecuciones: *cuando os persigan en una ciudad huid a otra*” (Mier, 1944b: 472); pero en esta preferencia de Lezama por uno de los términos de la pareja perseguido-fugado, puede divisarse cierta consecuencia socio-histórica: no hacer de Servando el fugado de la sociedad, sino el perseguido de la sociedad.

Varios autores han tomado las continuas alusiones a la persecución del fraile como lo que develaba la patología de su pensamiento, cierto tejido paranoico en sus escritos; siendo así que Edmundo O’Gorman hable de la «manía exhibitoria» como el “rasgo capital de su carácter” (O’Gorman, 1978: 9) y no han faltado quienes adviertan sobre el exaltado ego del fraile o que refieran a su «megalomanía». Lezama lejos de pensar a la persecución como un desarrollo mórbido de su personalidad, lo destaca como una virtud, como cierto espíritu visionario en la dirección de la historia, e incluso llega a decir que “Fray Servando es el primero que se decide a ser el perseguido” (Lezama Lima, 2005: 131). Quizás pueda resultar un poco exagerado al decir que “se decide”, pero como lo muestra su biografía siempre parece estar dispuesto a una nueva persecución, momentos en los que podría haberse quedado un poco al margen de la historia y dejar tranquilas las aguas del despotismo colonial, son justamente en los que se precipita en un renovado escándalo, situándolo una vez más como la presa predilecta de los perseguidores. Esto lleva a que Lezama afirme que hizo “de la persecución un modo de integrarse” (Lezama Lima, 2005: 131) y a darle un rol protagónico en el devenir de la historia. Realmente parece actuar como el *sujeto metafórico* que posibilita el paso del señorío barroco a la rebeldía romántica, casi como si la historia hubiera estado esperándolo para dar lugar a una nueva imagen: “la plenitud de su rebeldía, la forma que su madurez necesitaba para que su vida alcanzara el sentido de su proyección histórica” (Lezama Lima, 2005: 126).

Sobre este punto puede decirse que la vida de fray Servando se ubica en el intersticio de la última etapa colonial de la Nueva España y la Independencia naciente de México. Su célebre sermón parece conservar un rasgo colonial al buscar mediante una interpretación alegórico-mitológica un pasado cristiano para América, quizás en aquellos tiempos uno de los pocos modos de encontrar una legitimidad a su tierra. Sin embargo, ya en el sermón se postula un cristianismo americano sin España; lo que Lezama destaca como “la tácita protesta antihispánica” (Lezama Lima, 2005: 125) de sus ideas teológicas. Siendo estas recibidas como el delirio de un fraile con pensamientos extravagantes; pero que además representan un peligro para la colonia española. En este sentido son muy ilustrativas las palabras con que aconsejan José de Uribe y Manuel de Omaña, encargados de censurar el sermón, al arzobispo Haro:

Así pudiéramos, señor excelentísimo, en vista de estas juiciosas reflexiones, pedir y alcanzar que se recogieran y archivaran en el más profundo secreto los manuscritos en que se ha sostenido la imaginaria identidad de Santo Tomás con Quezalcohuatl, que así han trastornado la cabeza de Borunda, que por medio de éste han precipitado al padre doctor Mier en un profundo abismo, y que en lo sucesivo son capaces de formar mil caballerescos y novelistas historiadores. (Uribe y Omaña, 2008: 227)

Estos “caballeros y novelistas historiadores”, entre los que ubican a fray Servando, son justamente quienes pueden pensar una nueva América, y por tanto hay que encerrarlos en el “más profundo secreto”. Un dato curioso que comenta fray Servando en sus *Memorias*, es que Santo Tomás también fue un “perseguido” en América, lo cual parece dar un indicio de cierta identificación, de que el fraile mismo se convierte en un Santo Tomás-Quetzalcóatl que aparece y desaparece por estas tierras. Su vuelta a América, luego de una larga estadía en los calabozos de España, va a resaltar la transformación que destaca Lezama de “la persecución religiosa va a pasar a la persecución política” (Lezama Lima, 2005: 131), ya no será sólo un fraile “delirante”, sino que va a convertirse en un criollo independentista; en el paso de la construcción mítico-teológica de su sermón a las memorias de los próceres de la independencia.

La angustia ontológica que reflejaba su sermón, en la dificultad por concebir una identidad americana sin un pasado cristiano, parece subsanarse en la conjunción del Santo Tomás-Quetzalcóatl que fue perseguido y desapareció en América. Luego, en un clima independentista, el fraile perseguido es quien parece entregar su vida a la nueva identidad americana y prestar su voz a los congresos constituyentes. Metamorfosis en el pensamiento de fray Servando, en la cual Lezama encuentra una virtud profética: “el secreto de la historia americana en su dimensión de futuridad, de la opulencia barroca para llegar al romanticismo del principio del siglo XIX, al fin realiza un hecho, toca la isla afortunada, la independencia de su país.” (Lezama Lima, 2005: 131) Es más, Lezama nos dice “ha intuido que otro paisaje naciente, viene en su búsqueda” (Lezama Lima, 2005: 131) haciendo del fraile un profeta en su tierra, que opera la transformación estética que implicaban estos cambios históricos.

Si se observan algunos de los atisbos que Lezama presenta, en la primera parte de su ensayo, sobre su noción de sujeto metafórico; tales como “el sujeto metafórico actúa para producir la metamorfosis hacia una nueva visión” (Lezama Lima, 2005: 62), puede pensarse que la virtud profética de fray Servando actúa como un sujeto metafórico. Propiciando el transcurso que va del barroco americano, pasando por el calabozo romántico, hacia la imagen naciente de la independencia americana. Las atribuciones que le da Lezama a fray Servando parecen confirmar esta idea: “intuye la opulencia de un nuevo destino, la imagen, la isla que surge en los portulanos de lo desconocido, creando un hecho, el surgimiento de las libertades de su propio paisaje” (Lezama Lima, 2005: 131).

Algunas Conclusiones

Luego de este pequeño recorrido por las características de fray Servando que resalta Lezama en su ensayo, concluiremos con algunas apreciaciones personales sobre la olvidada importancia histórica que tuvo este personaje en América.

La vida de fray Servando fue considerada como una fábula o una novela en varias ocasiones. En uno de los interrogatorios a los que fue sometido en España, cuenta detalladamente su vida; y ante la recepción que tuvo su testimonio, comenta: “Mi historia le pareció una novela, y seguramente fingida, porque nada cuadraba con la acusación de la orden real” (Mier, 1917: 390). No era la primera vez que «la voz de plata» se encontraba con oídos incrédulos. Ni tan poco han faltado quienes adviertan sobre el exaltado ego del fraile, su “manía exhibitoria” y sus disparatadas teorías. Pero quizás, desde las plumas y las escamas de su Santo Tomás hasta el héroe de la permanente fuga en sus *Memorias*, serpentea y se escabulle una misma idea. A la que se puede aplicar el mismo criterio que él utiliza para analizar el relato de antiguos acontecimientos de América: “puede ser fabuloso en las circunstancias, que en lo remoto y raro siempre se añaden maravillosas; pero eso no prueba que no sea verdadero en el fondo” (Mier, 1978: 13). Lo cual puede llevar a que nos preguntemos si ¿Servando al documentar su tragedia personal, de qué modo trasgrede los límites individuales y nos aporta datos indispensables para la memoria de Latinoamérica?, ¿Hasta qué punto pensar su discurso como una producción delirante – como lo podría hacer un análisis psicopatológico – reduce los alcances de este relato, suprime esa trasgresión que los implica en la historia de Latinoamérica? Nuevamente es el texto de Servando el que nos da una pista sobre el uso que la posteridad

puede hacer de sus memorias, al decirnos: “esos mismos desterrados y perseguidos, por lo mismo que sobresalen, son puntos de vista que fijan la del pueblo para hacer sus reflexiones, y le sirven como de épocas para datar después sus agravios.” (Mier, 1944: 83) La historia es sólo oficial, si no le da la palabra a los agraviados, si la fábula se concentra únicamente en la vida de los próceres, y no escucha lo que se dijo desde los calabozos, por aquellos que han sido silenciados. No parece casual que ante los preceptos de una madre patria desquiciada, que aniquilaba los dioses locales; surja «la voz de plata» de un criollo, que al modo de un orfebre, buscara fusionar y conciliar estas religiones tan distantes. Quizás en aquel tiempo, uno de los pocos modos para incluir a América en el acaecer de la historia, era crearle un pasado cristiano. Tampoco parece obra del azar, que al regresar a México, fray Servando se convierta en uno de los mayores promotores de la independencia. El trascurso de su vida parece mostrarnos una alegoría de la colonización en tanto retrata sus “monstruos” como “apóstoles de cimitarra”, al tiempo que profetiza un modo posible de desmontar esas imágenes.

Referencias bibliográficas

Lezama Lima, José (2005) *La expresión americana*. México: Fondo de Cultura Económica.

Mier, Servando Teresa de (1917) *Memorias de Fray Servando Teresa de Mier*. Madrid: Editorial América, Biblioteca Ayacucho.

--- (1944) “Manifiesto Apologético” en *Escritos inéditos de fray Servando Teresa de Mier*. México: Fondo de Cultura Económica.

--- (1944b) “La persecución” en *Escritos inéditos de fray Servando Teresa de Mier*. México: Fondo de Cultura Económica.

--- (1978) “Carta de despedida a los mexicanos” en *Ideario Político*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

--- (2008) “Apuntes del sermón de 12 de diciembre de 1794” en Hernández y Dávalos, Juan E. *Colección de documentos para la Historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821*, Tomo III. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

O’Gorman, Edmundo (1978) “Prólogo” en *Ideario Político* de Servando Teresa de Mier. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Reyes, Alfonso (1917) “Prólogo” en *Memorias de fray Servando Teresa de Mier*. Madrid: Editorial América, Biblioteca Ayacucho.

Uribe, José P. y Omaña, Manuel de (2008) “Dictamen sobre el sermón que predicó el padre doctor fray Servando Mier el día 12 de diciembre de 1794” en Hernández y Dávalos, Juan E. *Colección de documentos para la Historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821*, Tomo III. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Valle-Arizpe, Artemio de (1952) *Fray Servando*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.